

LIBROS

Música para tullidos

Una vez cada tantos años, apretados grupos de centro-europeos desbordan las fronteras e invaden los países vecinales, impulsados por una extraña pasión guerrera y filosófica. Es un fenómeno que todavía nadie ha explicado convincentemente. Desde que Odoacro santificó este género de traslados, los europeos meridionales, franceses, incluso los insulares, contemplan con creciente estupefacción el irresistible prurito de los germanos por visitarnos con una pistola en la derecha y un tratado de ontología en la izquierda. La próxima vez que vengan será con toda seguridad la más impresionante, pues dispondrán de ese curioso artefacto que entusiasma indiscriminadamente a políticos y filósofos: la bomba de neutrones.

Cuando renazca la furia invasora en nuestros amables amigos continentales, dudo mucho que cuenten con el apoyo de Thomas Bernhard, cuya excelente novela *Trastorno* acaba de publicarse entre nosotros (1). No es probable que Bernhard decida acompañar a sus compatriotas en una nueva excursión de alegre fratría, porque Bernhard es un artista. Los artistas alemanes acostumbran a afeár la conducta de sus conciudadanos cuando la cosa ha ido demasiado lejos, que es casi siempre. Son como esos hermanos pequeños que empiezan riendo y acaban llorando cuando el mayor, jugando, le parte el cráneo a esa chica sucia y lasciva del Sur. Pero los artistas alemanes ayudan a comprender esa desazón que impulsa a honrados bodegueros y curtidores a manosear vidas ajenas.

Si quiere usted entender un poquito el alma germana, lea esta novela. Bien es verdad que Bernhard es austriaco, y eso impone un severo correctivo sociológico. Los austriacos, como los bávaros, son católicos y casi sureños (en general los alemanes hablan de los austriacos como nosotros de los marroqueses), pero mucho más pobres. Austria es pobre y barata, poco industrializada y aficionada al acordeón. Todavía era un Imperio cuando John Wayne iba

al colegio. En el siglo XVI, los turcos llegaron a las puertas de Viena, en mejores condiciones que los que llegan en la actualidad, y algo de esa languidez, morbosidad y afeminamiento propio de los pueblos mediterráneos se filtró en el par o tres de violaciones que no dudo en atribuir a los hijos de Solimán.

Así que Bernhard nos habla del alma centroeuropea con mucha más gracia que los auténticos alemanes, los puros, los que no tienen huellas de sangre musulmana, judía o levantina en el sistema circulatorio. Y por eso, lo más sobresaliente de Bernhard es su sentido del humor. Se trata, de todos modos, de humor centroeuropeo. Temible humor de Kafka, Kubin o Musil, humor tenebroso. Y aun así, acaba uno por reírse, lo que demuestra que Bernhard es un genio, porque ya verán ustedes. La novela comienza con una visita del médico rural a sus pacientes; le acompaña su hijo, que es la voz narrativa. Tras visitar un montón de neurópatas, criminales, alcohólicos, contrahechos, inválidos y otras representaciones de la obra divina, siempre rodeados por una gentil población de neurópatas, criminales, alcohólicos, inválidos, etc., arriban al castillo del príncipe Saurau (p. 92). El príncipe comienza su admirable monólogo (hasta la p. 216) y nos explica las causas de su locura y degeneración, las causas de la locura y degeneración de su hijo (un marxista-paranoico mucho más temible que su padre), las causas de la locura y degeneración de sus hermanas, del pueblo, de la comarca, de la república, del cosmos.

Ese interminable discurso sobre la tiniebla, el horror, la brutalidad y el crimen de una sociedad enferma, mentalmente inválida, atormentada por una metafísica de la expiación, derruida por un odio esencial a lo orgánico, depravada sexual y sentimentalmente, no sería más que una cosquilla masoquista para quien vivió durante cuarenta años la caricatura del Führer, pero Bernhard no es un absoluto masoquista, es músico. Su exposición es de un virtuosismo fascinante y logra lo que toda música pretende: que quienes canten se olviden de la letra para alcanzar un significado más abstracto y al mismo tiempo más original que el de la palabra. Y en efecto, el ametrallamiento de horror, enfermedad, embrutecimiento y catástrofe acaba por sonar estupidamente, con la agresividad de un Bela Bartok, pongamos por caso (se le cita elogiosamente en la novela), cuya percusión no por obsesiva es menos interesante.

Y cuando se ha conectado con la melodía, el lector latino busca en su corazón la cuerda más próxima a un contenido tan trágico, tan desesperado, pero encuentra muy poco con lo que responder: hasta el más terrible de los barrocos, hasta el más tremendista de los Valdés Leal, de los Solana o de esos infernales sicilianos del XVII tienen una punta de voluptuosidad que libra del horror. Es preciso haber vivido trescientos años de calvinismo y de música religiosa, entre otras cosas, para poder respirar en un ambiente tan puro. Pero en cambio la música es un lenguaje universal (excluyendo el Japón) y las pueras de Bernhard asombran a cualquiera que tenga algo de oído. O más bien, un oído muy fino. Aunque, de todos modos, no creo que a Bernhard le disgustara ser definido como un compositor de música para sordos. ■ FELIX DE AZÚA.

Sciascia o la intransigencia frente al poder

Toda la narrativa de Leonardo Sciascia gira en torno al poder y a la corrupción que inevitablemente lo acompaña. Y a denunciar ese poder y esa



Leonardo Sciascia.

corrupción que, en el entorno inmediato del escritor, se encarnan en el partido que gobierna Italia desde el final de la guerra, la Democracia Cristiana, Sciascia ha dedicado no sólo su obra literaria, sino incluso su corta y reciente actividad política. Breves meses colaboró, Sciascia con el PCI como intelectual independiente de izquierda, pero acabó rompiendo con amargura ante la que él

estimaba incapacidad de los comunistas para cambiar realmente las cosas y limpiar el país de la podredumbre democristiana. Últimamente también, Sciascia ha escandalizado a tirios y troyanos al negarse, junto con Moravia, a condenar abiertamente el secuestro de Moro por las Brigadas Rojas, lo que se ha interpretado, no sin ligereza, como complicidad con el terrorismo.

De este narrador, siciliano como Pirandello o Verga, del que ya conocíamos aquí *Todo Modo* y *El contexto*, entre otras obras, aparecen ahora, reunidos en un solo volumen de Noguer, dos relatos breves: *Los navajeros* y *La desaparición de Majorana* (1). Ambos basados en hechos realmente acontecidos y que Sciascia ha reconstruido mediante una minuciosa investigación documental. Ambos por igual apasionantes, tanto por el tema como por la tensión narrativa que su autor ha sabido comunicarles.

La historia de *Los navajeros* se desarrolla en 1862, en una Sicilia recién ganada por Garibaldi para el Rey Víctor Manuel y la unidad italiana, y constituye un caso típico de lo que hoy llamaríamos —de lo que el propio Sciascia llama, pues es el primero en establecer tales paralelismos con el presente— la "estrategia de la tensión". En una misma noche y en distintos puntos de Palermo son apuñaladas trece personas en circunstancias casi idénticas. Inmediatamente, la Policía detiene a varios sospechosos. De las confesiones de unos y otros se desprende que detrás de todo ello está la mano blanca del partido borbónico. Y se señala como principal instigador y financiador de la operación a un principesco personaje de la isla. Al llegar a ese punto, sin embargo, la investigación se detiene. El príncipe y senador no sólo no será arrestado, como sus sicarios, sino que incluso será visto, por esos mismos días, representando en ciertos actos oficiales al propio Rey de Italia. Al mismo tiempo, a través de soplonos y confidentes se tratará de desviar las sospechas hacia los partidos de izquierda que operan en la isla, de forma que el embrollo sea completo. Al final todo quedará en suspenso. Nada se explicará oficialmente, aunque para el pueblo llano y para el juez recién llegado de la península y que se encarga del caso, todo esté desde el principio suficientemente claro. "Así se preparaba el terreno para gobernar Italia", acaba irónicamente el autor su relato.

En *La desaparición de Majorana* es el poder, cada vez más terrible, de la ciencia el cuestio-

(1) Thomas Bernhard: *Trastorno*. Alfaguara, 1978. Trad. Miguel Sáenz.